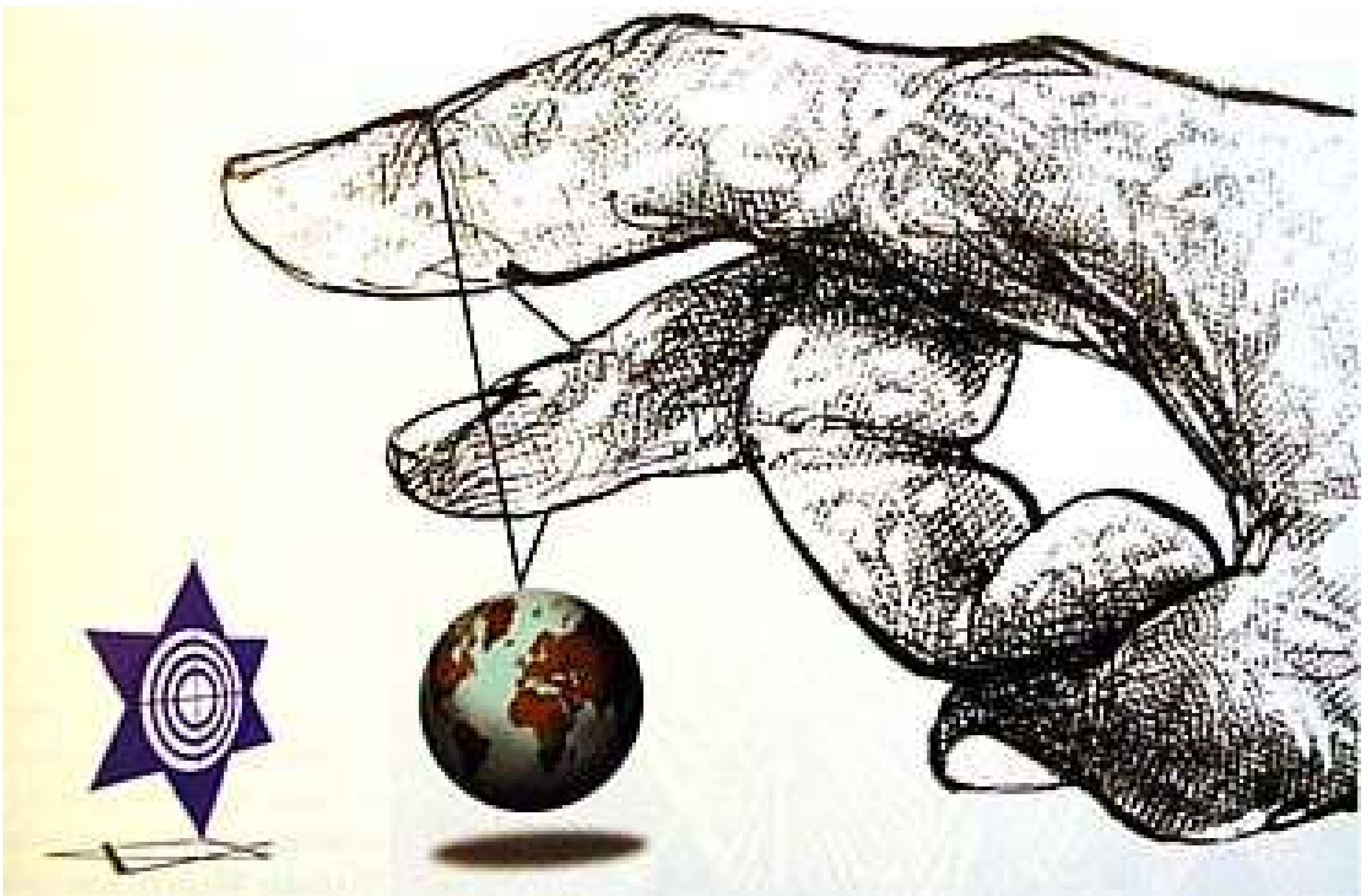
BREVE REFLEXIÓN SOBRE EL ANTISEMITISMO Y OTROS TEXTOS



Rubén Calderón Bouchet



SOBRE EL AUTOR

Nació en Chivilcoy, Provincia de Buenos Aires el 1º de enero de 1918. Hizo sus primeros estudios en esa ciudad y una vez terminado el bachillerato arribo a Mendoza en marzo de 1944, donde se inscribió como alumno en la Facultad de Filosofía y Letras.

Dictó clases de Filosofía en colegios secundarios y en 1976 ingresó como profesor titular de "Historia de la Filosofía Medieval" y por extensión de la cátedra de "Filosofía de la Historia" en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo.

En 1983 se lo nombró profesor emérito de la UNCuyo y estuvo a cargo de las carreras de Ética. Hasta 1994 estuvo dictando cursos de especialización y perfeccionamiento docente en el Departamento de Graduados, que en ese entonces era un posgrado.

Realizó numerosas publicaciones de libros en importantes editoriales de la Argentina y colaboró en varias revistas que sustentaban el ideario tradicionalista al que adhería.

BREVE REFLEXIÓN
SOBRE EL ANTISEMITISMO

Es un tópico hablar hoy del anchuroso espacio que ocupa la mentira, de tal modo se ha hecho carne en nosotros el no llamar a las cosas por su nombre que la sola pretensión de poner en las palabras usuales una cierta claridad y precisión significativa, aparece como una manifiesta intención de herir la susceptibilidad de alguien o corregir la plana de algunos de esos mensajes mendaces a los que son tan aficionados los representantes oficiales de cualquier institución, empezando por las eclesiásticas y terminando por las estatales. El tema del holocausto judío figura en todos los diarios e inspira una serie de escritos entre la fauna más heterogénea de los plumíferos profesionales, que querer comprender lo que quieren decir supone un esfuerzo por encima de las posibilidades de cualquier caletre empeñado en tener una idea clara del asunto.

El mismo término judío tiene una serie de significaciones tan poco precisas como cargadas de sentimientos dispares, que hacen más difícil un uso semántico seguro. Se aplica a una religión, a un pueblo, a una raza, a una nación o a una actitud existencial frente a la figura de Cristo. Por supuesto que todas, y cada una de tales designaciones puede entrar con su carga de denuestos, zalemas, adulaciones e insultos sin que ninguna termine de satisfacer al implicado que, como Simone Weil, no se sentía señalada específicamente por ella y esto aumentaba su perplejidad al sentirse perseguida por algo que jamás había hecho suyo, con perfecta conciencia de sus implicaciones.

Esta tribulación declarada por Simone Weil ante Gustave Thibon, debe haber sido la de muchos otros en condiciones semejantes que, si bien se consideraban implicados en una persecución general, no lograban comprender muy bien a título de qué se los perseguía: no tenían fe religiosa, no eran sionistas, estaban dispuestos a mezclar su sangre sin grandes inconvenientes, era tan indiferentes con respecto a Cristo como lo eran con respecto a Abraham del que se decían descendientes; carecían de dinero y no conseguían créditos con más facilidad que cualquier otro. ¿Tenían aspectos de judíos? Generalmente sí, y esto los ponía en situación de ser marcados con una prontitud que hubieran deseado menos rápida.

Leí el caso de uno de ellos que, por precaución de los padres no había sido circuncidado, pero que tenía tal pinta de judío que debía echar mano a la bragueta cuatro o cinco veces por día para evitar que lo expulsaran de París o fuera a parar a un campo de concentración como el pobre Max Jacob, a quien el cristianismo no le había hecho crecer el prepucio.

De cualquier modo y cualquiera fuere su consistencia ideológica existe un *“lobby”*internacional judío que hace sentir una presión tan fuerte sobre la Iglesia Católica, que ha inspirado modificaciones en los misales y hasta se habla de una depuración del Evangelio de Juan, acusado de inspirar los peores sentimientos anti-semitas.

Y hete aquí una nueva locución que ha entrado en el vocabulario moderno para mayor confusión de las mentes y entender la amplitud de los sentimientos contrarios al judío con una designación que abarca todos los pueblos que hablan una lengua de origen semítico: árabes, coptos, sirios, arameos, libaneses, etc. Hoy, el anti-semitismo es un movimiento de repulsa tan universal que no creo que exista una persona capaz de abarcarlo en toda su plenitud de una sola corazonada, por mucha confianza que tengamos en la capacidad difusiva del odio.

El judío existe, probablemente no es ninguna de esas cosas que señalaba Simone Weil, pero hace sentir su presencia con tal fuerza y con tanta tenacidad sobre la Iglesia Católica que nos hace pensar que existe, precisamente, para el castigo y la confusión del clero modernista, que hace toda clase de concesiones y cumplidos para atraer la simpatía de esta agrupación humana, siempre dispuestos a someterla a un juicio definitivo ante el tribunal de la historia.

Es verdad que no todos los judíos son ricos, pero el *“lobby”* lo es y el Tribunal de la Historia como la misma Iglesia, suele ser muy sensible a un montón de dólares bien distribuidos. Al fin de cuentas, ¡qué diablos! Somos judeo-cristianos y esto está escrito en los documentos pontificios y lo afirman la pléyade de teologillos que se suponen administradores titulares de las verdades conciliares.

Es una designación muy nueva y no parece tener un gran apoyo en las Sagradas Escrituras que, como todos ustedes saben, han sido demasiado influidas por el anti-semitismo de Juan y Pablo, ambos solemnemente empeñados en llamar *“judíos”* a los que se oponían abiertamente a Cristo y señalar como *“hebreos”* a los miembros del pueblo de Israel que podían hallarse en una actitud de perplejidad frente a la figura de Jesús de Nazareth.

Si esto así es, tenemos que *“judío”* es el hebreo que no admitió que Jesús fuera el Mesías y complotó con los saduceos y los fariseos para lanzar contra Él una condena de muerte en la cruz. De esta manera hablar de religión judeo-cristiana es un absurdo y una manifiesta contradicción en los términos, en primer lugar porque la religión es la revelación de Dios y no un artilugio fabricado por los hombres, de manera que el término judía para señalar la procedencia nacional del producto no resulta conveniente. En segundo lugar, si llamamos judío al hebreo que rechazó el mesianismo de Cristo no podemos envolverlo en la responsabilidad de aquello que combatió con denuedo. El judío puede ser culpable de la muerte de Cristo pero no de su culto al que expresamente, y en todas las oportunidades que tuvo, trató de destruir.

¡Ah! ¡Entonces usted es anti-judío y por ende también anti-semita y casi seguramente nazi!

Estas son las probables complicaciones de una simple discusión en torno al verdadero significado de una palabra. ¿Quién me metió a mí a querer descubrir lo que quería decir judío y la inclusión de este término en una serie de locuciones en las que no se advertía claramente su sentido? Resulta que ahora no solamente soy un opositor sistemático al judaísmo, sino a todo el mundo de habla semítica en general y pertenezco, de hecho, a esa escoria del universo que se llama nazismo.

No crea el lector eventual de estas líneas que exagero y me alabo de una probable acusación que nadie tiene interés en hacerme. No, la acusación existe y ha tomado forma pública en un periódico escrito en alemán y distribuido en la comunidad judía de Buenos Aires, ahora y hace poco, le ha tocado el turno al querido Antonio Caponnetto. Es un indicio claro de la dificultad de poder hablar de los judíos sin provocar una reacción pasional en donde pululan los reproches del más grueso calibre y de las más antojadizas imputaciones. Decir que no soy nazi me ha parecido siempre una exculpación innecesaria y casi ridícula. Siempre que he hablado de ese movimiento político y lo he hecho en algunos libros míos, me he colocado en la posición que corresponde a un católico tradicionalista, absolutamente ajeno a las lucubraciones racistas de esa mezcla de gnosis y neo paganismo ario.

He escrito algo y he hablado en alguna conferencia sobre la personalidad de Arturo de Gobineau y sin dejar de rendir homenaje a su talento literario, no he ocultado un irónico alejamiento de su explicación zoológica de la historia de las civilizaciones. Por lo demás, meterlo a Gobineau en una aventura anti-judía o anti-semítica me ha parecido siempre una clara manifestación de ignorancia o el deseo de embarcarlo en la promoción del nazismo por la interpretación abusiva que hizo Rosenberg de su tesis racista.

Gobineau fue siempre un gran admirador de los judíos, a quienes regalaba con el atributo casi ario de su origen racial. En un intercambio de cartas con Tocqueville, expresa su admiración por el Islam, donde sobrevive con toda violencia un judaísmo militar y agresivo que era completamente de su agrado.

Cuando la fe católica se debilita y la dirección de la Iglesia cae en manos de gente poco apta para las actitudes que impone el comando, surge de los abismos de la conciencia cristiana ese sentimiento de culpa que dormita en el fondo de todo pecador e impone la necesidad de un *"mea culpa"* para restablecer la concordia con Dios. La Iglesia ha impuesto el sacramento de la confesión y éste provoca en el alma ese renacimiento en el que se recupera la salud espiritual y se comienza de nuevo con un sano olvido de los pecados que han obtenido el perdón.

El signo más claro del debilitamiento aparece cuando el sentimiento de culpa perdura y se extiende más allá del perdón obtenido como si encontrara un cierto placer en el mantenimiento de la condición de indignidad. La culpa ha dejado de ser el resultado de una caída personal y se ha convertido en una suerte de enfermedad colectiva, de abyección pastoral, en la que se envuelve a toda la Iglesia como si fuera ésta la portadora de un pecado nefando de lesa humanidad.

Esta es la situación que las autoridades de la Iglesia han creado con respecto al judaísmo y que imponen a los creyentes como si todos ellos cargaran sobre sus espaldas el crimen de haber acusado a los judíos de un deicidio que, al parecer, nunca cometieron. Es verdad que los judíos que pidieron la muerte del Mesías han muerto ya hace varios siglos y sus descendientes no pueden estar directamente complicados en la crucifixión de Cristo, pero cuando se acepta una herencia con la plena conciencia de lo que ella implica, se carga sobre los hombros todo el peso de un rechazo espiritual que es parte, casi total de la heredad aceptada. No he intervenido para nada en el asesinato de Luis XVI ni de María Antonieta, pero si soy republicano francés y me hago cargo de todo cuanto este asentimiento implica, admito ser un regicida y no estoy tan libre como creo de la sangre derramada en nombre de los ideales a los que adhiero. Nazco en el seno de la comunidad judía y en tanto no tenga clara conciencia de la actitud religiosa que debe adoptar con respecto a Cristo, puedo ser perfectamente inocente de su muerte, pero cuando comprendo bien en donde estoy parado y admito la plena responsabilidad de mi herencia religiosa acepto que una parte de su sangre caiga también sobre mí mismo.

¡Ah! ¡Perfecto! Entonces usted al declararse cristiano hace suyos todos los crímenes cometidos por los cristianos en su historia milenaria.

Ninguno de esos crímenes constituye un elemento intrínseco y definitorio del cristianismo. El rechazo de Cristo y la complicidad en su juicio es parte esencial de la posición religiosa del judío, es lo que lo define y explica. Sin eso el judaísmo no sería lo que es y por lo tanto no existiría como tal. Si existen otros crímenes en la historia del pueblo hebreo no entran a título de componente formal de su composición, de manera que tienen sus cabezas responsables y corresponde al tribunal de la historia señalar sus nombres y determinar sus culpas.

Los hebreos que aceptaron el mesianismo de Cristo Jesús y fundaron la Iglesia dejaron de ser judíos en el sentido estricto del término y se convirtieron en cristianos. Cuando se habla de una culpa popular y se reprocha a Israel la comisión de un deicidio, se habla de una culpabilidad asumida por todos los que tienen clara conciencia de pertenecer a un pueblo constituido como tal a raíz de ese crimen.

La posición adoptada por las actuales autoridades de la Iglesia Católica no hace mucho por aclarar el problema y arroja, sobre sus penumbras naturales, la confusa niebla de esa suerte de culpabilismo que parece la marca exclusiva de la conciencia esclava. No soy esclavo y no siento sobre mi alma el peso de ningún pecado que no haya cometido personalmente. Estoy dispuesto a declararme culpable de lo que he hecho y aún de lo que he omitido, pero de ninguna manera me siento arrepentido por los desmanes que, falsa o verdaderamente, puedo atribuir a otros.

Los judíos acusan a la Iglesia Católica de no haber hecho oír su protesta contra los crímenes nazis cometidos contra su pueblo. Resulta muy difícil en el entrevero de un acontecimiento político de ese tamaño, medir con exactitud las culpas de uno y otro bando y señalar a los culpables con la vara de un juez inapelable: ¡Éste es el culpable y este otro no ha roto ni un plato! Lo determino yo, con la asistencia infalible del Espíritu Santo y sin dejar un margen para la inquietud o la duda. Que los judíos asuman esa responsabilidad ante la historia y lo determinen de una vez para siempre, me parece bien, al fin de cuentas son parte del pleito y tienen pleno derecho a defenderse como puedan, pero la Iglesia Católica carece de la misma seguridad y no pretende en este asunto, gozar de una infalible asistencia del Espíritu. Amén.

TEILHARD Y EL INFIERNO

Si Teilhard hubiera permanecido asépticamente al margen de la Iglesia, su obra —como la de Schuré o de otros mistagogos más o menos conocidos— habría sido el alimento espiritual de alguna capillita perdida en la oscuridad de sus extravagancias. Desgraciadamente era un miembro activo de la Compañía de Jesús, y por ende un sacerdote católico. Debía actuar en el seno de la Iglesia y desde allí expandir su buena nueva y dar alguna respuesta a los puntos en que su novedad no coincidía con la Tradición. Uno de esos puntos era la existencia de Satanás y la realidad personal de los demonios.

¿Cómo metemos estos resabios escatológicos de la vieja teología en el terreno de la evolución progresiva? Teilhard hace algunas referencias a la existencia de este abismo de maldad inexplicable en el contexto de su laborioso sistema pero, obligado por sus funciones sacerdotales, hizo de tripas corazón y asumió la pesada faena de integrar estas verdades de fe sin renunciar a su optimismo fundamental.

Cuénot explica que no se trató de una concesión a la fe común, admitida a título provisorio para hacer pasar el resto de sus especulaciones: no estaba en su índole una debilidad de esta naturaleza. Aceptó la existencia del mal y de las fuerzas infernales porque era, antes que nada, un teólogo católico. Pero su religión —se apresura a añadir el informado discípulo— estaba enteramente desmitificada.

En su trabajo *"El Medio Divino"*, Teilhard inserta una oración en donde ensaya explicar lo que podía entender de esas realidades sobrenaturales: *"Vuestra revelación, Señor, me obliga a creer más. Los poderes del Mal en el universo no son solamente una atracción, una desviación, un signo menos, un retomo aniquilador a la pluralidad. En el curso de la Evolución Espiritual del Mundo, elementos conscientes, Mónadas, se han desprendido libremente de la masa que solicitaba vuestra Presencia. El Mal se ha como encarnado en ellas. Y ahora hay alrededor mío, mezclados con vuestra luminosa Presencia, presencias oscuras, seres malvados, cosas malignas. Este conjunto separado representa una resaca definitiva e inmortal de la génesis del Mundo. Hay tinieblas no solamente interiores sino también exteriores. Esto nos dice el Evangelio"*.

La imagen no es mala: el río caudal de la evolución deja en las riberas restos de una sustancia refractaria al progreso. Desde un punto de mira estrictamente ortodoxo habría algo que decir con respecto a esta aceptación desmitificada de los malos ángeles y sus humanos servidores. Nos conformamos con señalar el tono resignado con que acepta el hecho y la casi imposibilidad de poder ubicarlo en el torrente de su optimismo evolucionista.

"Me habéis pedido mi Dios, creer en el Infiemo pero me habéis prohibido pensar, con absoluta certeza, que un sólo hombre se haya condenado. No buscaré contemplar los condenados, ni aún en alguna medida, a saber si existe alguno. Pero aceptando sobre vuestra Palabra el infierno, como un elemento estructural del universo, rogaré, meditaré, hasta que en esa cosa temible aparezca para mí un complemento reconfortante, aún beatificante, a las visiones que me habéis abierto sobre vuestra omnipotencia" (ibíd.).

Mientras esa integración no se produzca, Teilhard se comprometió a no ver en el infierno algo capaz de destruir la unidad substancial del Pléroma, donde lo natural y lo sobrenatural se abrazan para constituir una totalidad perfecta: *"Los Espíritus caídos no podrían —también lo sé— alterar la perfección del Pléroma. Cada alma que se pierde, pese a los llamados de la Gracia, arruinaría la perfección de la unidad común, pero Vos les oponéis, Señor, una reparación de ésas que restauran, a cada instante, el universo en una frescura y pureza nuevas. El condenado no está excluido del Pléroma, solamente de su faz luminosa y de su beatificación. Él pierde el Pléroma, pero no por eso el Pléroma lo pierde"* (ibíd.).

Con este epitafio la Evolución queda satisfecha y puede seguir con toda tranquilidad su marcha hacia la *"PIeromización"*, a pesar de los caídos *"en el medio del camino"*. Teilhard se propuso no pensar más en ellos, y no admitir la cosa como una situación que amenaza la seguridad de nuestras propias vidas.

CONCLUSIÓN

La Iglesia Católica fue creada por Nuestro Señor Jesucristo para que fuera el fiel custodio de las verdades reveladas y de todas las que, fundadas en ellas, constituyen el cuerpo dogmático. Para que esa fidelidad no flaqueara a raíz de las humanas debilidades de sus servidores, Cristo la dotó de una asistencia sobrenatural, que se manifiesta en su vida sacramental y en el carácter infalible del Magisterio de Pedro para todo cuanto se refiere a la fe y las costumbres.

La Iglesia adoptó como centro de su irradiación la ciudad de Roma, y con ella tomó su idioma, el latín, y todo el esfuerzo cultural que la latinidad había extraído de Grecia para convertirlo en instrumento idóneo de su faena educativa. La filosofía helénica, asumida a la luz de las verdades reveladas y volcados sus contenidos conceptuales en el preciso idioma del Lacio, se convirtió en el mejor elenco nocional para comprender las verdades teológicas.

Se corre un grave peligro cuando, tentados por formas de expresión extrañas al espíritu de la tradición católica romana, se abandona el método escolástico —llevado a su perfección por Santo Tomás de Aquino— y haciendo caso omiso de las precisas distinciones hechas en las diversas ramas del saber, se mezclan las perspectivas de conceptualización con el deseo de lograr una vaguedad lógica propicia a la exaltación de la fantasía.

Con demasiada frecuencia se suele tomar el desorden de la imaginación por eso que en la lengua bárbara de nuestro tiempo se llama *"vivencia"*, tal vez porque traduce, junto con la labor intelectual de comprensión, la conmoción de los afectos que tales representaciones provocan. Teilhard de Chardin fue un maestro en ese tipo de confusiones; y porque supo, como muy pocos, despertar un cúmulo de emociones turbias, se convirtió en el profeta de todos aquellos que confunden el bien del intelecto con una suerte de heretismo sentimental.

TEILHARD Y LA GNOSIS

Monseñor Combes se preguntaba en su artículo si el buen Padre se había contentado con leer*"Los grandes iniciados de Schuré"* o había leído también el libro titulado *"La Evolución Divina"*,donde advertía algunas reflexiones muy semejantes a las que Teilhard hizo con posterioridad.

La expresión *"Cristo Cósmico"*, asociada a la evolución planetaria, y algunas especulaciones en torno al origen del hombre fueron en un tiempo la especialidad de Schuré, un poco antes de la Primera Guerra Mundial.

Sobre la impresión que la lectura de Schuré causó en el Padre Teilhard existen dos cartas dirigidas a Margarita Teilhard que dan clara cuenta de ella. En la primera, fechada en noviembre de 1918, le agradece haberle hecho conocer el libro de Schuré porque su lectura le ha permitido sentir *"y pensar en el orden de las realidades que les interesaban a ambos"*.

El 13 de diciembre escribe a la misma destinataria: "*que de golpe he podido remitirme a Schuré, que me ha dado un placer inmenso y complejo: alegría de encontrar un espíritu extremadamente simpático al mío, excitación espiritual de tomar contacto con un alma apasionada por el Mundo, satisfacción de constatar que las cuestiones que me preocupan son aqueílas que han animado la vida profunda de la humanidad, placer de ver que mis ensayos de solución convienen, en suma, perfectamente con los puntos de mira de los grandes iniciados, sin alterar el dogma, y (a causa de la idea cristiana integrada) tienen al mismo tiempo su fisonomía muy particular y original*".

No tengo ninguna de las luces que hacen falta para apreciar el valor de un auténtico gnóstico, y mal puedo emitir un juicio de apreciación sobre Schuré que no sea el resultado de un contacto rápido y muy fragmentario. Me llama la atención que García Bazán, uno de los autores mejor informados sobre la gnosis entre nosotros, ni siquiera lo menciona y mis dos gnósticos preferidos, Guénon y Évola, se refieren a él en muy escasas oportunidades y en tono despectivo. Si bien nada de esto es absolutamente determinante para concluir con los méritos de Schuré, sucede que ocupa un lugar bastante modesto en la jerarquía de los iniciados, y nunca ha sido serio penetrar en la interioridad de una doctrina a través de los sacristanes, y especialmente cuando se trata de un sacerdote que debió haberse nutrido durante algún tiempo con *"el pan de los ángeles"*, como llamaba Dante a la Sagrada Teología.

M. Jules Artur, en "*En relisant Edouard Schuré"*, encontraba en los escritos del Padre Teilhard páginas que le recordaban, con todo su énfasis panteísta, a las de Schuré en su libro *"La Evolución Divina"*. Para muestra, cita un largo párrafo de ese libro que parecería tomado de una obra de Teilhard, si por razones de tiempo no hubiera sucedido todo lo contrario.

"Así desde el origen, desde el período saturniano de la vida planetaria, el pensamiento divino, el Logos que preside especialmente a nuestro sistema solar, tendía a condensarse, a manifestarse en un órgano soberano que sería en alguna medida su verbo y su hogar ardiente. Este Espíritu, este Dios, es el rey de los Genios Solares, superior a los Arcángeles, a las Dominaciones y a los Tronos y a los Serafines, a la vez su inspirador y la flor sublime de la creación conocida, fecundada por ellos y creciendo con ellos para superarlos, destinada a convertirse en la Palabra Humana del Creador, como la luz de los astros es su palabra universal. Tal el Verbo Solar, el Cristo Cósmico, centro y pivote de la evolución terrestre".

No es necesario ser un crítico muy sagaz para apreciar en uno y otro autor el mismo sesgo imaginativo, que se complace en iluminar amplios panoramas cósmicos como si conociera el secreto de su consistencia; idéntica confusión entre lo espiritual y lo material; un gusto similar por el uso de términos enfáticos que pretenden hacer aceptar como conocimientos científicos las afirmaciones más fantasiosas. Compárese el texto de Schuré con éste de Teilhard y obsérvese la similitud de la inspiración: "*En lo que concieme a las relaciones de Cristo con el Mundo, todo el problema teológico actual parece concentrarse en la escalada interior, de eso que se podría llamar el Cristo Universal"*.

Es parecer de Jules Artur que Teilhard se habría empeñado en responder con su propio ejemplo a una suerte de profecía que Schuré anunció en un prefacio a "*Los Grandes Iniciados": "Es necesario que la ciencia se haga religiosa y que la religión se haga científica. Esta doble evolución que se prepara conduciría, final y forzosamente, a una reconciliación de ambas en el terreno esotérico. La obra tendrá en sus comienzos grandes obstáculos, pero el porvenir de la sociedad europea depende de ella. La transformación del cristianismo en sentido esotérico entrañaría la del judaísmo y la del Islam, y algo así como una regeneración del brahmanismo y del budismo, en el mismo sentido esto daría una base religiosa para la unidad de Asia y de Europa"*.

La declaración de Schuré no puede satisfacer las exigencias de un verdadero gnóstico, para quien el problema no se plantea en el terreno de un sincretismo religioso sino, precisamente, en el de un verdadero conocimiento salvador, al que se llega, real y efectivamente, por la adecuada vía iniciática.

No sé si Schuré o Teilhard afirmaron poseer un conocimiento de esa naturaleza; probablemente no creían tenerlo, pero si la verdadera gnosis no existe y sus pretendidos beneficiarios no pasan de fabricar algunos ingeniosos trucos retóricos, tanto Schuré como el Padre Teilhard pueden ser admitidos en la misteriosa cofradía. Ambos estaban seguros de tener un conocimiento de la realidad a un nivel mucho más profundo que el de los filósofos y científicos. Usaban signos, símbolos y nociones de uso común en las gnosis, y esperaban de este saber una consecuencia redentora. Además, y esta es una nota de suma importancia, conocían el futuro: "*Todo el porvenir de la Tierra*, escribía Teilhard prodigando mayúsculas, *me parece pendiente del despertar de nuestra Fe en el Porvenir"*.

No hay fe sin conocimiento; para quien está atento al curso del movimiento que lleva hacia el futuro y sabe leer en sus expresiones lo que vendrá, nada más lógico que una sabia anticipación de los sucesos. "*El pasado* —aseguraba Teilhard en una carta fechada el 8 de septiembre de 1935— *me ha revelado la construcción del porvenir… Precisamente para poder hablar con alguna autoridad del porvenir, es para mí esencial establecerme con más solidez que nunca como especialista del pasado" ("El Porvenir del hombre").*

EL PAPA PÍO XII
Y LA DEMOCRACIA

Si existe un término en la lengua política de nuestra civilización que ha pasado a convertirse en un santo y seña ideológica, es el de *democracia*. Era imposible que un Pontífice pudiera usarlo en una acepción más o menos tradicional sin provocar numerosos malentendidos o una universal agresión publicitaria. Pío XII lo pronunció en algunas ocasiones y trató de colocarlo, de la mejor manera que pudo, en el elenco de las nociones políticas que tienen un sentido preciso. Es mi modesta opinión que perdió lamentablemente el tiempo, porque el término democracia está inevitablemente impregnado de ideologismo y su significación es tan variable y antojadiza como la propaganda de la cual depende de un modo fundamental y necesario.

Convengo en que la política es una realidad fluida y accidental, y aunque se pueden encontrar en ella principios prácticos universales, la adecuación a las muy diferentes situaciones provistas por la historia hace que las formas de la politicidad concreta no respondan nunca a las exigencias de un modelo determinado con anticipación. Uno de esos principios fundamentales hace que no se puede actuar en política sin conseguir, en alguna medida y de alguna manera, el apoyo del pueblo a la gestión de sus gobernantes.

Es indudable que para tener una clara comprensión de este hecho hay que distinguir con claridad entre lo que sucede con un pueblo y aquello que puede acontecer en una sociedad de masas. Un pueblo histórico, en la medida que despliega su dinamismo social conforme a un ritmo de crecimiento natural y espontáneo, se reconoce siempre en las clases dirigentes conque lo provee la historia. La sociedad de masas es hija de la publicidad e incumbe a ésta convencerla de que efectivamente participa en el gobierno porque se la convoca, de vez en cuando, a elegir los representantes seleccionados por la propia propaganda.

El mismo Papa quizá cedió un poco a la solicitud del reclamo publicitario cuando afirmaba que los pueblos *"aleccionados por una amarga experiencia, se oponen con mayor energía al monopolio de un poder dictatorial incontrolable y exigen un sistema de gobierno que sea más compatible con la dignidad y la libertad de los ciudadanos"*.

El mismo Papa había visto nacer el fascismo como un movimiento de signo autoritario, exigido, reclamado y proclamado en cuanta oportunidad se tuvo, por la inmensa mayoría de los italianos. Había asistido también como Nuncio Apostólico al nacimiento de la Social Democracia Alemana y no había dejado de percibir la enorme cantidad de votantes que consolidó el poder de Hitler. Sabía mejor que nadie cuál fue la actitud del democratísimo Frente Popular español frente a la Iglesia Católica y por supuesto había coincidido con las medidas de su antecesor Pío XI en apoyar con toda su energía la cruzada del Generalísimo Franco. El Frente Popular francés, dirigido por el judío León Blum, no fue mejor para el cristianismo que el español y si se buscan las responsabilidades sobre el carácter internacional que tomó la guerra civil española quizá sea el Frente Popular galo el primero que se movió en apoyo de la República Española y la proveyó con los elementos de guerra que precisaba para hacer frente al levantamiento del ejército.

Tampoco ignoraba el Santo Padre que el comunismo se reclamaba de la voluntad del pueblo soberano y se anunciaba desde el Este de Europa como el verdadero rostro de la democracia. Todas estas ambigüedades y contrastes en el uso del término, no le impidieron intentar una aclaración semántica y dar su definición de eso que él entendía por democracia, sin que su intento haya sido más feliz que otros para señalar una realidad que gusta desafiar todas las definiciones.

De acuerdo con el espíritu de la filosofía práctica tradicional, distinguía entre pueblo y masa y asignaba al pueblo el hecho de ser una realidad histórica con vida y modalidad peculiares. Un pueblo poseía una estratificación social que era el resultado de un orden secular de convivencia en un territorio determinado. Tanto sus individuos como sus clases habían alcanzado diversas situaciones en una relación viviente con sus méritos, sus trabajos, sus ambiciones o sus abandonos. Todas las desigualdades prohijadas por el temperamento, la inteligencia, la laboriosidad, la simpatía, la astucia, el dolo o la honestidad tienden a fijarse y a mantenerse en los niveles logrados gracias a los usos, las costumbres o los prejuicios que favorecen la conservación familiar de las fortunas y los méritos. Los ideales educativos aparecen para que tales desigualdades prohijen obligaciones, deberes y actitudes en consonancia con la posición alcanzada en la sociedad.

Una comunidad humana se convierte en masa cuando desaparecen las jerarquías impuestas por la historia y, bajo el pretexto de una igualación de oportunidades, se destruyen los esfuerzos familiares y nacen en las tinieblas los poderes ocultos del dinero o los más ostensibles del mérito subversivo. En este clima surge la democracia moderna, es decir, las masas convocadas por los poderes anónimos para enmascarar su propio dominio.

El Papa no quería defender algo tan contrario al espíritu del Evangelio pero, al usar el término democracia y tratar de aclararlo en un contexto plagado de ambigüedades, no hizo más que sumar un elemento de confusión a los muchos que ya existían en el complicado panorama de la época. En un discurso pronunciado en 1946 hacía una seria advertencia a las clases dirigentes de la sociedad señalando las exigencias que les imponía la promoción del bien común y el cuidado de todos aquellos puestos bajo su dirección. No había en sus palabras la menor concesión al espíritu demagógico que imponía siempre el halago a la muchedumbre. Por el contrario, suponía que *"la multitud innumerable, anónima, es presa fácil de la agitación desordenada, se abandona a ciegas, pasivamente al torrente que la arrastra o al capricho de las corrientes que la dividen y extravían. Una vez convertida en juguete de las pasiones o los intereses de sus agitadores, no menos que de sus propias ilusiones, la muchedumbre no sabe ya asentar firmemente su pie sobre la roca y consolidarse así para formar un verdadero pueblo, es decir un cuerpo viviente con sus miembros y sus órganos diferenciados según sus formas y funciones respectivas, pero concurriendo todos juntos a su actividad autónoma en el orden y la unidad"*.

En ocasión de este discurso aparece nuevamente en boca del Papa la noción de democracia, pero ahora como un claro sinónimo de *"res publica"* en el sentido preciso y tradicional del término. De otro modo no se podría entender por qué razón alude a la necesidad de que en los pueblos civilizados exista el influjo de *"instituciones eminentemente aristocráticas en el sentido más elevado de la palabra como son algunas academias de extenso y bien merecido renombre"*.

“También la nobleza —añadía el Papa— *pertenece a este número: sin pretender privilegio o monopolio alguno, la nobleza es, o debería ser una de esas instituciones tradicionales fundadas sobre la continuidad de una antigua educación”*.

Advertía la dificultad de que una democracia moderna, teniendo en cuenta lo mucho que la revolución había dañado el crecimiento natural de los pueblos, aceptara la existencia de una nobleza condicionada por el nacimiento y la formación espiritual en el seno de una familia. Exhortaba a los nobles que todavía quedaban en Italia a que merecieran su posición mediante el esfuerzo y el trabajo sobre sí mismos.

“Tenéis detrás de vosotros —les decía— *un pasado de tradiciones seculares que representaban valores fundamentales para la vida sana de un pueblo. Entre esas tradiciones de las que os sentís justamente orgullosos, contáis en primer lugar con la religión, la fe católica, viva y operante”*.

Al final de su alocución a la nobleza tocaba la nota paternalista, que tanto ofende al espíritu democrático de nuestra época y que coloca su prédica en la justa línea donde estuvieron todos sus predecesores frente a la demolición revolucionaria. Dios es padre y la paternidad es la forma justa en que se desarrolla y se expresa la madurez del hombre. La única protección que pueden tener los débiles en el seno de una sociedad tiene que nacer del espíritu paternal de los fuertes. Ya no se cree en el espíritu ni en los buenos hábitos formados a la luz de la doctrina cristiana. Los que gobiernan consideran más ventajosos los expedientes hipócritas por los que se hace creer a las masas que gobiernan ellas. Se las halaga y se las nutre espiritualmente con utopías, para explotarlas mejor y envilecerlas sin remordimientos.

TOLERANCIA
Y CRONOLATRÍA

La tolerancia es la gran virtud liberal y, como todas las virtudes liberales abre un amplio crédito al error, los vicios y los males. Pensándolo bien, no solamente no es una virtud, es decir un hábito bueno que refuerza una disposición natural, sino que puede ser todo lo contrario: un vicio inspirado por el temor de corregir o de señalar los inconvenientes de una actitud molesta o agresiva. En el mejor de los casos puede ser prudente tolerar un mal que no se puede evitar, pero ¿hasta cuándo y hasta dónde? Son los límites que la propia prudencia determina y a partir de los cuales la tolerancia penetra en el terreno de una permisividad blanda y perniciosa.

El liberalismo nace en los cerebros burgueses cuando el reinado de los financieros comienza a reemplazar las antiguas potestades, y como esta substitución no se puede hacer sin emplear un poco de astucia, nada mejor que declarar libres a las opiniones políticas, económicas y religiosas y hacer de esos terrenos un *“no man’s land”* donde se instale el arbitrio de las oligarquías plebiscitarias bajo el soborno sagaz de las finanzas. ¿Quién dice eso? El Dr. don Carlos Marx, un especialista en revoluciones y un excelente conocedor de la historia europea, además de ser el mejor discípulo de Hegel y un falso profeta. Pero estas últimas notas, que harían rabiar al finado Padre Sepich y sus discípulos de la Universidad Nacional de Cuyo, podrán ser objeto de un comentario aparte que prometemos realizar con el superficial esmero que ponemos en todas nuestras reflexiones.

Si no hay ninguna verdad política, ni económica, ni religiosa, la tolerancia es el naipe obligado en estos juegos de azar, donde se trata de engañar al mensaje y obtener el poder que da el consenso de las masas manipuladas por la publicidad. Para que tal actitud pueda imponerse hay que terminar con la sabia organización de las sociedades naturales y con el orden impuesto a las finanzas y a la política misma por la influencia del saber religioso. ¡Santo Dios! ¿De dónde diablos saca usted todas esas perimidas sandeces? ¿Quién le ha dicho que hay un orden natural práctico impuesto por el juego espontáneo de las desigualdades sociales?

La Iglesia Católica y también el Dr. don Carlos Marx, si usted quiere. Recuerde ese párrafo del Manifiesto donde afirma: *“La burguesía ha jugado en la historia un papel altamente revolucionario. Allí donde ha conquistado el poder ha pisoteado las relaciones patriarcales e idílicas. Todas las ligaduras feudales que ataban al hombre a sus superiores naturales las ha quebrantado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre hombre y hombre que el frío interés, el duro pago al contado”*. Y hay otras frases más que no copio para no desprestigiar el Manifiesto presentándolo como un lamento de los buenos tiempos pasados. No se olvide que Marx era Barón por braguetazo y que no olvido de reivindicar su “derecho de pernada” sobre la sierva de su consorte Jenny Von Westphalen, una noche en que la cerveza le hizo perder su vocación proletaria.

Según usted, la tolerancia es un vicio y no una virtud, de manera que el progreso natural de la historia al traernos en sus alas la tolerancia no ha hecho más que meternos en una ciénaga donde corremos el peligro de hundirnos en un lamentable lodo de errores religiosos, políticos y económicos. Si sigue en ese tren terminará negando el valor de la democracia y la conquista de la dignidad humana impuesta por la revolución del siglo XVIII.

Como vi que mi interlocutor se enojaba abandonó mis elucubraciones en torno al poco valor de la tolerancia y me encerré en un mutismo que, sin otorgar nada, daba por descontado que entre dos actitudes religiosas antagónicas no había mucho lugar para el diálogo.

Hay una religión del tiempo a la que podemos llamar cronolatría, y que consiste en creer que los cambios temporales, sin otro añadido, traen siempre algo mejor. Como soy viejo y siento que el tiempo no me trae nada más que calamidades me opongo tercamente a participar de ese optimismo. Si buscamos la raíz religiosa de la cronolatría la encontramos, sin lugar a dudas, en el cristianismo. *“Sine Me potestes facere nihil”*, nos dice el Señor y con esta afirmación nos da a entender que incluso las más aberrantes deformaciones de la fe, tienen a las verdades de fe como fundamento y explicación suficiente de su existencia.

Dios ha prometido su Reino a los que creyendo en Él viven de acuerdo con sus preceptos y se rigen por las solicitudes del Espíritu Santo. Esto supone una transfiguración de nuestra naturaleza en la que desaparecen el pecado, el error y la miseria. No es necesario ser un pesimista convicto para pensar que esa transformación se incoa pero no se realiza totalmente en la historia como piensa el revolucionario: el error se acaba con el triunfo de la ideología democrática; el pecado deja de existir en cuanto pensamos que se apoya en una prohibición obsoleta y la miseria terminará como una consecuencia inevitable del aborto y la planificación familiar. Todo esto aquí, en la historia de acuerdo con la concepción laicista del triunfo revolucionario. El R.P. Theilhard de Chardin descubrió en los cromosomas del *Pitecantropus Pekinensis* el germen de una evolución que de salto cualitativo en salto cualitativo nos llevaba biológicamente hacia el Cristo Cósmico pasando, por supuesto, por el estadio regenerador de la globalización económica administrada por los Estados Unidos. Como ustedes pueden observar es la revolución complicada con la *“Cristogénesis”* y un acompañamiento de música, llamémosla religiosa, para no herir la susceptibilidad de los que cantan en los templos.

Nietzsche, que hoy goza de un renovado prestigio entre los cultores del neopaganismo, vio en todos los movimientos de signo revolucionario el desarrollo, en clave positivista, de las viejas utopías cristianas muertas de inanición en las iglesias de la ciudad moderna. Pero no las veía, como los auténticos revolucionarios, como un proceso ascensional que marchaba de la promesa soñada a la conquista de su realización concreta. Las vio como eran, como una degeneración, pero en su criterio esta degeneración era inevitable, el producto natural de una promesa ilusoria nacida del temor a la verdadera vida: de esta manera, la democracia, el socialismo, el evolucionismo y la cronolatría eran los hijos legítimos de la fe cristiana y ese horror a todas las excelencias que es el fruto podrido de un árbol enfermo.

El sueño matinal de una infancia heroica está íntimamente relacionado con la idea de una senectud del mundo, de una decrepitud de la humanidad que envejece en el curso del tiempo y pierde paulatinamente las fuerzas de su impulso juvenil para terminar arrastrándose en las babosas complacencias de una senilidad semi-imbécil. Ambas ideas dependen a su vez de esa concepción de los *ciclos annuos* que repite, con constancia aterradora, el mito del eterno retorno.

La tradición religiosa nace con Adán, en el Paraíso y a partir del pecado original se mezcla con las confusiones mágicas inspiradas por el Tentador, constituyendo las tradiciones históricas que conocemos con el nombre general de paganismo. No obstante quedan en los mitos paganos resabios de las verdades recibidas por Adán que la revelación cristiana iluminará en todo aquello que conservan de verdad religiosa. Por esa razón cuando consideramos la religión como un proceso único hay que atender a la hondura significativa de los símbolos míticos con criterios provenientes de la Teología y no con antojos poéticos nacidos de la fantasía historicista.

En Cristo se resume, definitivamente, el hecho religioso. Él es el alfa y la omega porque está al comienzo y al final de la Revelación como la piedra angular que cierra la cúpula del edificio. Si los héroes simbolizan el alba de la humanidad que comienza no es descendiendo hasta la oscuridad del origen donde nos vamos a encontrar con la frescura de las aguas que suben hasta el cielo, sino, precisamente, en ese ascenso que la liturgia tradicional expresa con palabras de limpidez inigualable: *"Introibo ad altare Dei, ad Deum quæ lætificat juventutem meam"*.

El neopaganismo de inspiración nietzscheana ha nacido en la morgue de un simbolismo religioso tratado con el formol de la farmacopea hegeliana. Hace nacer la religión de la imaginación humana y la hace depender de un apaño cultural que puede ser judío o ario, a gusto del postulante, sin encontrar la fuente espiritual eterna que la liga a la perenne vida de Dios.

CIVILIZACIÓN O BARBARIE

La historia es vida y su persistencia en el presente desde el cual se la evoca es tanto más patente cuanto más vital la recepción hecha por el historiador. No obstante conviene distinguir entre la continuación de un discurso partidario y la exposición hecha por un analista capaz de descubrir el sesgo pasional de los protagonistas y ofrecer sus puestas con la vivacidad del que puede ponerse en todas o casi todas las situaciones que el complejo ámbito de la historia permite vivir. Sarmiento, en sus*“Recuerdos de Provincia”*, narra la impresión que le produjo la entrada en San Juan de las tropas de Facundo Quiroga. Podríamos preguntarnos si este recurso, escrito en su madurez, refleja con exactitud la auténtica emoción sufrida por el joven Sarmiento o es el producto elaborado y consciente de una imagen forjada por el ideólogo liberal que llegó a ser en el curso de sus rumias reflexivas y sus lecturas. No olvidemos que Quiroga era primo de su padre y que por muy extraña que haya sido la indumentaria de sus soldados y la rusticidad improvisada de sus armas, no había en ello nada que pudiera alarmar la experiencia cotidiana de un sanjuanino de su tiempo. Conocí San Juan antes que fuera reconstruida de nuevo a partir del terremoto de 1944 y no me extraña en absoluto la polvareda levantada por los duros caballitos riojanos del ejército de Facundo. ¿Podría asustar esto a gente acostumbrada a aguantar los embates del viento zonda que dejaban la población metida en una nube de tierra? La idea de que esos jinetes encarnaban la barbarie, es una noción totalmente libresca y el hijo de la muy cristiana Doña Paula Albarracín de Sarmiento sabía muy bien a qué atenerse con respecto a la educación que habían recibido aquellos guerreros armados “a la que te criaste” por su tío segundo Don Juan Facundo Quiroga. El denuesto “*bárbaros”* hará eco al de “*salvajes”* aplicado con igual pasión por sus enemigos federales a las tropas que entraron a sangre y fuego en las provincias y dejaron los rezagos de una civilización sembrada con metralla.

Sarmiento reunía todas las condiciones requeridas para hacer vivir un trozo de la historia de nuestro país. No escribía muy bien pero, como dice Borges, es fácil corregirlo pero no escribir con la vivacidad y la fuerza con que lo hacía. Desgraciadamente era un ideólogo y alguien que continuaba el discurso de Rivadavia y convertía el combate librado contra los caudillos federales en el símbolo de una gigantomaquia en la que luchaban dos fuerzas míticas: la civilización contra la barbarie.

Como los que combatían en la realidad eran hombres y no entelequias, el discurso de Sarmiento podía ejercer un fuerte influjo en los que todavía estaban bajo la sugestión de ese mito, pero nos deja completamente fríos a los que queremos, más allá de las consignas publicitarias, penetrar en el espíritu que animaba a quienes sostenían la batalla. Sí, entiendo: la civilización en contra de la barbarie ¿pero quiénes representaban a una y a otra? ¿Los caudillos que encarnaban los usos y las costumbres cristianas sembradas por España o los ideólogos formados en los principios de la ilustración?

No ve quien quiere si no quien puede y esta afirmación que se impone por el peso de la evidencia, se complica un poco pero no pierde veracidad, cuando trasladamos nuestra visión al campo de los hechos históricos. A primera vista los acontecimientos que ofrecen los datos existentes, pocos o muchos, no difieren esencialmente de aquellos que nos toca presenciar en nuestra vida cotidiana: hombres y mujeres movidos por sus ambiciones, sus orgullos, sus apetitos o sus temores debatiéndose en un ámbito cuyo decorado puede diferir del que habitualmente frecuentamos, pero cuyas preferencias valorativas, si son afines a las nuestras, nos permiten ver con más acuidad la secreta presencia de sus almas y penetrar más fácilmente en la hondura de sus sentimientos.

Las dos figuras que se imponen en la tajante dicotomía planteada por Don Domingo Faustino Sarmiento son las del *“Chacho”* Peñaloza y del propio Sarmiento que la planteó en los dos libros dedicados a Facundo Quiroga y al “*Chacho*”, y si hemos elegido la segunda, es porque Peñaloza representaba ante sus ojos la verdadera fisonomía del bárbaro con su pintoresco acento riojano y la ostentosa gallardía de su noble talante gaucho.

Se llamó Ángel Vicente Peñaloza, pero como al presbítero que fue su tutor y tío le parecía demasiado largo llamarlo muchacho, pronunciaba únicamente las dos últimas sílabas: “*¡Chacho!”* y la contracción le quedó como un mote que la admiración y el amor de sus seguidores convirtió en un verdadero título de gloria. Nació en la provincia de La Rioja, en un lugar llamado Huaja que por las condiciones de su tierra, árida, arenosa y seca, era una de las regiones más pobres de ese territorio que nunca se distinguió por su riqueza, aunque sí por la fuerte gradación alcohólica de sus aguardientes y el enjuto vigor de sus combativos habitantes.

El *“Chacho”* vivió en Huaja, o para decirlo en el resignado lenguaje de sus paisanos, duró en esa comarca hasta que Facundo lo incorporó a sus tropas y le asignó el grado de capitán, porque era aventajado en todo: en estatura, en coraje y en el claro esplendor de sus ojos azules, tan duros en el combate como risueños y amistosos en el trato cordial que el compañerismo de las armas ennoblece.

Él y el “*Chico”* Peralta, Juan Felipe, fueron los adalides de ese “*comitatus”* que constituía la escolta de Quiroga y se imponían por la gallardía de sus figuras ecuestres. El “*Chico”* tenía casi dos metros de alto y un valor en la batalla que sólo podía ser emulado por la ardiente acometida de ese formidable centauro que fue el *“Chacho”* Peñaloza.

En el famoso encuentro de La Tablada frente a la artillería del General Paz, ubicada de acuerdo con las más correctas normas de la estrategia, el *“Chacho”* avanza a caballo contra los cañones y enlazando uno de ellos lo arrastra a la cincha de su montado. Los soldados unitarios abren fuego contra el jinete que se desplaza con alguna dificultad y allí mismo hubiera terminado la historia de Peñaloza si Aldao no le ordena cortar el lazo y ponerse a salvo de la fusilería a uña de buen corcel.

Como dijimos era alto y musculoso, de una fuerza hercúlea y con una mirada muy suave y bondadosa cuando cedía a las solicitudes del buen trato y la amistad. Era fama que nunca se dejó llevar por arrebatos de iracundia, como le sucedía muy a menudo a su jefe, Facundo Quiroga, y sin reprochárselo abiertamente, solía no estar de acuerdo con él cuando tomaba medidas crueles con hombres que habían sido vencidos en una batalla. Matar en combate era una obligación del soldado, pero después del entrevero había que dejar lugar al perdón y la generosidad para no endurecer con gestos rencorosos el odio del enemigo.

Hay, en su relación con Quiroga, toda la lealtad y el afecto del buen vasallo con su señor al que ha prestado su homenaje. Cuando se enteró de que su jefe fue asesinado en Barranca Yaco, nació en él la sospecha de que el instigador del crimen fue Don Juan Manuel de Rosas y ya no pensó más, se puso de inmediato en contra del caudillo federal y se plegó a las órdenes de esos furiosos ideólogos que eran, en verdad, sus verdaderos adversarios.

Está en juego su fidelidad al hombre y esto, en su alma de feudal, prevalece sobre cualquier otra adhesión. No creo que sus sospechas tuvieran fundamento, pero esto es más una moción de deseo que un cabal conocimiento histórico, pero cuando penetramos en los entresijos de nuestros conflictos nacionales, es un álbum de familia lo que empezamos a revisar. Mi bisabuelo era federal, rosista y, al mismo tiempo, un poco pariente de Facundo.

No es de extrañar esta repugnancia para aceptar un crimen que impone desmedro a mis propias fidelidades. Peñaloza estaba convencido de que Rosas había maquinado la muerte de Facundo y no se lo perdonó jamás. Era la reacción lógica de la lealtad a su comitatus caballeresco y en la ruda simplicidad de su apasionado afecto, esto estaba por encima de todas las ideologías.

Cuando tratamos de comprender el panorama de nuestras guerras civiles la primera dificultad que sale a nuestro encuentro es la manía de querer meter en un esquema ideológico la complicada complejidad del momento. Rosas, el mejor servido por la inteligencia política y el que conoció con más hondura y perspicacia las necesidades y las exigencias de nuestro pueblo, sabía perfectamente que no se podía imponer en la Argentina un modelo político de factura liberal.

Se había vivido siempre de las decisiones de un gobierno paternal para que de repente nos metiéramos en los berenjenales del parlamentarismo sin estar preparados ni dispuestos para una eventualidad de esa naturaleza. Hombres acostumbrados a no respetar otra autoridad que aquella encarnada en la persona del jefe, no sentían ningún gusto por obedecer los mandamientos abstractos de una constitución o las órdenes de una ley escrita. Se confiaba en la palabra de un hombre real y concreto y se reconocía en su mandato la nobleza de una distinción justa, porque se sabía, sin haber leído a Santo Tomás, que la verdadera justicia es la que hace el justo y no las *"güevadas"* escritas en un papelucho.

Los unitarios se han encargado, con toda malicia, de mantener en el ánimo de Peñaloza la convicción de que Rosas había instigado el asesinado de Quiroga, así podían contar con un ejército de aguerridos riojanos y hacer frente a los caudillos federales que veían en el "*Chacho*" un desertor de sus propias filas. Después de unos desgraciados encuentros sostenidos en Mendoza y derrotado por sus antiguos conmilitones, el "*Chacho*" se vio forzado a pasar a Chile y allí, con toda probabilidad, en contacto con la flor y nata del unitarismo, haya conocido a Don Domingo Faustino, que dejó de él una semblanza en la que resplandecía su desprecio por la figura de aquel paisano analfabeto que hablaba con un golpeado acento riojano.

Escribe Sarmiento que "*llamaba la atención de todos en Chile, la importancia que los argentinos, generalmente cultos, daban a este paisano semibárbaro, con su acento riojano y su chiripá y atavíos de gaucho…*" Preguntado en una oportunidad cómo le iba por alguien que lo saludaba, contestó con aquella frase que tanto decía sin parecer decir nada: *"¡Cómo me va a dir, amigo! ¡En Chile y de a pie!"*

Hay que conocer muy bien la idiosincrasia de nuestros paisanos para comprender la trágica situación de un hombre que, alejado de sus pagos, se encuentra despojado de su tropilla. Hay una vidala que se toca acompañada con la guitarra, que termina con un verso donde se resume en pocas palabras esta lamentable condición del hombre sin caballos: *"Yo, mi tropilla la tuve / quién me la saca del alma"*.

Aunque no sabemos casi nada de su paradero allende la cordillera, nos explicamos fácilmente su deseo de volver a los pagos de Huaja en los llanos de La Rioja. Seis meses duró su destierro y fueron los unitarios, entre los que debía entreverarse el propio Sarmiento, los que intrigaron y pusieron el dinero necesario para que Peñaloza volviera a su tierra y tratara de levantar a sus paisanos contra el gobierno de Rosas. No es nuestro propósito narrar las vicisitudes de esta triste aventura en la que Peñaloza hizo el lamentable papel de insurrecto contra el gobierno federal. Pero impulsado siempre por rencor al que creía culpable de la muerte de Facundo, combatió varios años la dictadura de Rosas y muchas fueron las batallas que ganó con sus aguerridos llaneros sin que se sepa de dónde sacaba los recursos para mantener en pie de guerra una tropa de caballería que solía superar los cinco mil hombres. El levantamiento de Urquiza y la posterior caída de Rosas en la batalla de Caseros lo devolvieron a su auténtico bando y a partir de ese momento surgen a raudales sus enfrentamientos con el que fue su más completo, talentoso y terco difamador: Don Domingo Faustino Sarmiento.

José Hernández escribió una corta biografía sobre Ángel Vicente Peñaloza. El tiempo ha pasado y con él el furor de los insultos partidarios, pero nos resta la posibilidad de examinar con fría objetividad la consigna sarmientina: "*civilización o barbarie*", donde por supuesto Sarmiento representaba a la civilización y Peñaloza la barbarie. La historia, siempre pródiga en enseñanzas ejemplares nos ha dejado un vivo testimonio de esta tajante dicotomía en el "Tratado de las Banderitas" cuando el gobierno nacional después de haberse estrellado contra los "*montoneros del Chacho*" comisionó al R. P. Dr. Eusebio Bedoya para arreglar con el general Peñaloza las condiciones de una paz que diera por terminada la guerra civil.

Peñaloza dirigiéndose a los coroneles Sandes, Arredondo y Rivas les dijo poco más o menos, con su pintoresco acento riojano: *"Es natural que habiendo terminado la lucha entre nosotros, por el convenio que acabamos de firmar, nos devolvamos recíprocamente los prisioneros tomados en los diferentes combates que hemos sostenido, por mi parte voy a cumplir inmediatamente con este deber"*.

Los jefes destacados por el General Mitre se miraron con consternación, porque en cumplimiento de las órdenes recibidas habían ejecutado sumariamente a todos los gauchos bárbaros caídos en sus manos y no tenían uno solo para ofrecer en canje a la generosa propuesta de Peñaloza.

El "*Chacho*" que presentía lo que había pasado insistió ante sus confusos enemigos, presentando a todos los prisioneros porteños que había capturado y a los que no les faltaba ni un solo botón del uniforme, preguntó con esa sorna criolla que el acento riojano hacía más lenta y socarrona: "¿Ande están los míos? ¿O será cierto lo que mi han dicho que han sido todos fusilados?"

El R. P. Bedoya no pudo contener sus lágrimas, avergonzado por el porte magnífico del paisano que con su noble gesto de caballerosidad cumplía con todos los honores de la ética cristiana, ante los administradores titulares de la civilización liberal.

El último episodio de esta epopeya civilizada contra los gauchos bárbaros se cumplió en la casa del propio *"Chacho"* Peñaloza y cuando ya nada hacía prever la reanudación de las hostilidades con el caudillo riojano.

Un comando militar al mando del comandante Ricardo Vera se presentó en el domicilio del General Peñaloza y le exigió la entrega de sus armas. El *"Chacho"* ofreció su daga, única arma defensiva que llevaba encima, y se constituyó prisionero de Vera. La irrupción posterior del Sargento Mayor Irrazábal y la muerte a lanzazos de un hombre desarmado, ha sido narrada por el mismo Irrazábal en una corta carta a Don Domingo Faustino Sarmiento, entonces gobernador de San Juan y reproducida por Jorge Newton en su libro "*El Chacho*". Escribía Irrazábal:

"Pongo en conocimiento de su Excelencia que hoy en la madrugada sorprendí al bandido Peñaloza el cual fue inmediatamente pasado por las armas, haciéndole también algunos muertos entre los que huían despavoridos. También tengo prisionera a su mujer y a un hijo adoptivo. Tomándome gran interés en salvarlo. Dios guarde a S. E. muchos años. Pablo Irrazábal".

Todo hace suponer que el *"Chacho"*, aprisionado por Vera, fue asesinado mientras dormía por el valiente Irrazábal. Lo que sucedió con su cadáver pertenece, definitivamente, al ámbito de la truculencia y da asco repetirlo en una breve nota cuyo único propósito es ilustrar una de las maneras que existen de comprender la civilización liberal y sus pródigos beneficios. Para terminar recuerdo una vidala que suele cantarse en los pagos del *"Chacho"* y que reza así:

"Diz que Peñaloza ha muerto,
puede ser que sea verdad.
Tengan cuidado ¡salvajes!
no vaya a resucitar".

NOTAS

No podríamos cerrar esta breve estampa de la vida del *"Chacho"* Peñaloza sin un sentido recuerdo a su legítima esposa, Doña Victoria Peñaloza, que combatió siempre a su lado y como uno de sus más ásperos centauros y sin hacerle asco a los sablazos que llovían en los entreveros. En uno de ellos casi pierde la vida y si no fuera por uno de los capitanes de su marido, Ramón Ibáñez, que la sacó del combate después de dar muerte a uno de sus agresores que la había herido de un mandoble en la cabeza. Doña Victo o *"La Chacha"*, como solían llamarla, conservó de esta batalla una enorme cicatriz que le desfiguraba el rostro y que ella disimulaba con el rebozo de su poncho.

Recuerdo que siendo todavía muy jovencito leí el libro *"Facundo"* de Don Domingo Faustino Sarmiento, libro de lectura obligatoria en las escuelas y que nadie se atrevía a censurar porque venía impuesto por el gobierno como una suerte de sagrada escritura. Uno de mis tíos, algo heterodoxo en materia de enseñanza liberal, me dijo poco más o menos: "*El tejón ése escribe bien y el libro contiene pasajes que vale la pena leer, pero con respecto a Facundo, miente como un bellaco y no hay que tomar al pie de la letra todo lo que dice*".

Es ley que cuando el Diablo da malos maestros, Dios nos ofrece un buen tío que corrige las opiniones del Mandinga y como los chicos, en general, y creo que en todas partes del mundo, aceptan con gusto todo cuanto se dice contra las enseñanzas impartidas en las escuelas oficiales, la recomendación de mi tío me sirvió para construirme una coraza a prueba de balas contra los influjos liberales de esos salvajes unitarios, como repitió con mucha gracia el viejo Maurras en su carta al presidente de Francia, cuando dejó la cárcel donde purgaba su "colaboración" con el enemigo para ir a morir a un sanatorio. Maurras añadía: "*como decían los viejos argentinos*" lo que sumaba a su prodigiosa memoria, la comprensión de este lema que llama *"salvaje"* a todo pensamiento que niega las distinciones y se erige en norma monocorde de un criterio uniformante.

De cualquier modo el sueño de Sarmiento no logró concretarse del todo, la inmigración italiana no era lo que él soñaba y aunque plantó trigo y echó a perder el castellano con su "cocoliche" y su "lunfardo", siguieron siendo católicos e introdujeron algunas supersticiones más a las muchas que ya existían. Sarmiento hubiera preferido una inmigración anglosajona con sus entrometidas féminas armadas de Biblias y prospectos para mejorar nuestras relaciones con el prójimo. Hizo todo lo que pudo y la masonería mediante libró a las escuelas de la tutoría de la Iglesia.

Desde ese momento, con el manual de historia argentina de Grosso y los de historia universal de Jules Isaac nos fuimos alejando, paulatinamente, de nuestras tradiciones ancestrales, tan poco acomodadas a las luces de la postmodernidad.

DE HEREJÍAS Y BOBERÍAS

Estamos muy lejos de Francia, pero de vez en cuando llega hasta nosotros alguna nota de sus curas más *a la page*, y que es usada de inmediato por alguno de nuestros frailecitos de barba que predica en mangas de camisa a un centenar de muchachos y muchachas que se sacuden al son de una guitarra.

Hace un tiempo, uno de ellos, muy avispado y al tanto de lo que se cocina en París, culpaba a ciertos católicos de estar todavía bajo la influencia del tomismo, que ha esterilizado la búsqueda filosófica y teológica y ha tratado de encerrar a la Iglesia en una Bastilla sin ventanas a la historia.

Los dogmas —aseguraba— han sido creados en un momento de la historia de la Iglesia para responder a ciertas necesidades impuestas por el tiempo y el lugar. Así la confesión apareció en los comienzos de la cristiandad, pero el psicoanálisis la ha hecho innecesaria y obsoleta. También la inmortalidad del alma que no está mencionada para nada en el Credo pudo, en un momento determinado de la historia, tener una cierta importancia, pero como carece de toda base científica resulta absolutamente incongruente predicarla en los nuevos catecismos como si fuera una verdad de fe. A estas manifestaciones claras de su heterodoxia progresista sucedió una ardiente apología del creyente laico al que otorgó, como en su fecha Lutero, todos los carismas del sacerdocio, del profeta y hasta del rey.

Los jóvenes asistentes lo obligaron a una corta pausa, pues sintieron la necesidad de agitarse, conmovidos por el otorgamiento de todos aquellos dones que evitaría, de ser llevados a la práctica, la molesta disciplina de los seminarios y el uso innoble de alguna sotana apolillada.

Concluyó su discurso con una nutrida apología de la libertad religiosa y como había entre los asistentes un par de figuras que parecían reprobar sus conceptos, se dirigió a los tradicionalistas asegurándoles que ellos no tenían el total monopolio de la estupidez y que, al fin de cuentas, si no exageraban sus principios podían salvarse como cualquier otro creyente de cualquiera otra religión.

Este generoso deseo, lejos de aquietar los ánimos de los intransigentes, provocó una serie de preguntas y observaciones que auspiciaron un diálogo algo subido de tono y que no siempre el orador, a pesar de su serena ecuanimidad, pudo mantener en los límites del respeto. Uno de los observantes adujo que si el alma no fuera inmortal a qué diablos menciona el Credo la *“vida perdurable”*. En cuanto a la confesión, le recordó las palabras de Cristo: *“Los pecados les serán perdonados a todos aquellos a quienes perdonéis”*.

Lo que siguió ya no es narrable porque todos se habían salido un poco de las casillas y los seguidores del buen religioso estimaron que debían sacar a los intrusos a patadas y pusieron manos y pies a la obra, de manera que muchas objeciones quedaron latentes en el ánimo de los viejos católicos.

Como viejo y muy sordo que soy, no asisto a las conferencias, pero uno de los expulsados de la reunión que había ligado algunas patadas y todavía masticaba su rencor me informó con todos los detalles lo que había dicho el curita y como se trataba de un muchacho echado a perder por las lecturas de Castellani y de Meinvielle y acaso algún libro mío leído sin la luz del Concilio, me dijo que el buen religioso criticó a los Papas que no habían sabido acoger las ideas liberales, ni comprender los progresos implícitos en la Revolución Francesa. Por esa razón no entendieron la democracia ni el carácter evangélico que emanaba de ella. Por supuesto, entre esos Papas abominables se encontraba, en lugar de privilegio, la figura de San Pío X, cuya santidad proclamada por el Magisterio, no impresionaba demasiado a nuestro religioso, que debía considerarla un error atribuible a la época.

